



**Stanley G. Payne**

**LA EUROPA  
REVOLUCIONARIA**

**Las guerras civiles  
que marcaron el siglo XX**

«Las guerras civiles europeas, relacionadas con luchas típicas de la modernidad clásica, con ideologías radicales y con las consecuencias de desastrosos conflictos internacionales, llegaron a su fin en 1949, pero en el conjunto del mundo las guerras internas han sustituido a las internacionales, constituyéndose en la manifestación principal del conflicto durante el siglo XXI».

El reputado historiador Stanley Payne nos ofrece sus tesis más controvertidas sobre nuestra propia historia, así como una visión interna de dos guerras mundiales: la revolución de la Primera Guerra Mundial, donde realizará un análisis de la Europa conflictiva de la época que desembocaría en esta primera gran guerra; el conflicto español como un suceso extraordinario dentro de las guerras civiles europeas; y las revoluciones o guerras internas en Europa al amparo de la Segunda Guerra Mundial.

Una obra indispensable para entender la época más convulsa de nuestra historia reciente.

## Introducción

## Revolución y guerra civil como formas de conflicto

La guerra civil, es decir, un conflicto armado que tiene lugar dentro de una misma unidad política y que no enfrenta a dos entes políticos diferenciados, es una de las manifestaciones más antiguas del conflicto violento. Puede adoptar una o varias formas distintas, entre ellas «la mayoría de las revoluciones, las insurrecciones campesinas prolongadas, las insurgencias “revolucionarias” o de carácter étnico, los levantamientos anticoloniales y las guerras de resistencia contra ocupantes extranjeros<sup>[1]</sup>». Con todo, no basta la presencia de un grado considerable de violencia política para constituir una auténtica guerra civil, sino que debe conllevar una generalizada pugna armada para alcanzar el poder en el Estado, aunque esta se libere con medios irregulares.

A lo largo de la historia las guerras civiles más importantes han tendido a agruparse en tres tipos diferentes: a) conflictos dinásticos sucesorios; b) guerras de secesión o de liberación nacional; y c) guerras civiles de índole política o ideológica a gran escala, destinadas a imponer o frustrar la imposición de un régimen nuevo o revisado. Algunas de ellas han conjugado distintos tipos de conflicto o incorporado rasgos que las han dotado de un carácter todavía más complejo. Por ejemplo, cualquiera de esos conflictos puede incluir pequeñas guerras civiles de orden secundario que, de mayor o menor gravedad, se libran dentro de cada uno de los bandos contendientes, como ocurrió con las guerras

civiles internas que sufrieron algunas regiones durante la lucha de las colonias americanas por su independencia. Se pueden producir igualmente pequeñas guerras civiles dentro de una confrontación civil mayor, como ocurrió durante la Guerra Civil Española en la Barcelona de mayo de 1937 y en el Madrid de marzo de 1939<sup>[2]</sup>.

La forma de guerra civil con más raigambre histórica ha sido el conflicto sucesorio, porque en los regímenes tradicionales eran frecuentes los combates por el acceso al trono. Con frecuencia se trataba de pugnas por el poder relativamente sencillas, aunque pueden encontrarse excepciones a esa regla. En Castilla, el principal enfrentamiento civil fue la guerra de sucesión de la década de 1360, que terminó con la derrota y la muerte de Pedro el Cruel. La famosa guerra de las Dos Rosas, que dominó la vida política de la Inglaterra del siglo xv, fue un conflicto exclusivamente dinástico, mientras que la guerra civil registrada en Cataluña en ese mismo siglo fue algo diferente, ya que conllevó cambios mayores en cuanto al sistema político y sus instituciones. Algo parecido podría decirse de la guerra de las Comunidades de Castilla, que se libró entre 1520 y 1521. El principal conflicto sucesorio registrado en España, que se convertiría en una gran conflagración internacional entre 1702 y 1714, fue al principio de índole tradicional, aunque acabara alumbrando importantes transformaciones institucionales en la corona de Aragón. A partir de los siglos xv y xvi, hasta en las guerras civiles fruto de problemas sucesorios comenzaron a surgir objetivos más complejos, con elementos de índole religiosa e institucional, y relativos a la formación del Estado.

El segundo tipo más frecuente de guerra dentro de una misma entidad política ha sido la lucha de raíz secesionista, que en los últimos tiempos se ha denominado con frecuencia guerra de liberación nacional. Guerras de secesión, de una u otra índole, se pueden encontrar en todos los perio-

dos históricos y eran relativamente habituales, por ejemplo, durante la Edad Media. Con frecuencia han tenido que ver con intentos de abandonar imperios o estados plurinacionales, pero en numerosas ocasiones su objeto también ha sido separar un territorio de unidades políticas no imperiales. En ocasiones, las luchas por la secesión también se han visto implicadas en conflictos de índole dinástico-sucesoria. En las sociedades tradicionales, lo más habitual era que, más que tratar de alterar la estructura institucional, esas iniciativas aspiraran a modificar las fronteras. Por ejemplo, la gran revuelta catalana de 1640 se consideraría una rebelión secesionista de cuño tradicional.

En épocas más recientes, cuyo comienzo situaríamos no más tarde de la Inglaterra del siglo XVII, la rebelión armada y la guerra civil han tratado en ocasiones de introducir modelos políticos radicalmente distintos a los existentes. Por otra parte, la principal guerra civil del siglo XIX, la que tuvo lugar en Estados Unidos entre 1861 y 1865, fue un conflicto puramente secesionista, que por tanto, en principio, no era una guerra civil propiamente dicha, aunque así se la haya denominado normalmente en los propios Estados Unidos<sup>[3]</sup>. Los secesionistas confederados nunca pretendieron conquistar Estados Unidos ni imponerles un nuevo sistema político. En gran medida, su Constitución era una copia de la de sus enemigos, aunque con derechos ligeramente superiores para cada uno de los estados y con garantías explícitas de mantenimiento de la esclavitud. El combate que libraron los confederados también podría considerarse la guerra de liberación nacional más prolongada con resultado fallido, del mismo modo que la Guerra Civil Española de 1936 comportó la revolución más profunda de la historia con resultado también fallido.

El tercer tipo de guerra civil, el que se caracteriza por un combate ideológico o revolucionario que aspira a cambiar drásticamente el sistema o a introducir ideas y políticas to-

talmente nuevas, era insólito o inexistente en el marco político tradicional. Con todo, se podrían encontrar manifestaciones truncadas del mismo en forma de insurrecciones de esclavos o campesinas, aspirantes estas últimas a recuperar elementos de un supuesto orden anterior. Parece que en algunas ciudades-estado griegas se registraron breves conflictos de este tipo. Nuevos rasgos políticos, sociales e ideológicos de carácter radical comenzaron a surgir, en parte con indumentaria religiosa o por razones religiosas, en la Europa de la Reforma, en concreto con las rebeliones husitas ocurridas en la Bohemia del siglo xv. Esos rasgos aparecieron en otros conflictos del tiempo de la Reforma, especialmente en las guerras de religión francesas<sup>[4]</sup> y en la insurrección de los Países Bajos, aunque esta y la de Bohemia, sobre todo la primera, se convirtieran en conflictos secesionistas.

En las épocas moderna y contemporánea, esos rasgos generarían guerras civiles revolucionarias. El término «revolución» entró en el vocabulario político general en el siglo xvii<sup>[5]</sup>. Durante algún tiempo se utilizó para aludir a cambios de gobierno o de instituciones políticas de carácter violento o fundamental, aunque la denominación fue aplicándose paulatinamente a cambios básicos culturales y relativos a valores, mitos y símbolos. El primer gran ejemplo se dio en Inglaterra con la guerra civil y la revolución política de la década de 1640, absolutamente distintas de la guerra de las Dos Rosas<sup>[6]</sup>. En cuanto al primer caso absolutamente laico, en el que la religión secular o política sustituyó a la tradicional, fue la gran Revolución francesa de 1789, seguida de la guerra civil de 1793-1794<sup>[7]</sup>, y de posteriores insurrecciones revolucionarias urbanas, sobre todo la de París de 1848, que alcanzaron un sangriento punto álgido con la Comuna parisina de 1871.

Llegado ese momento, el concepto de revolución se había ampliado hasta aludir especialmente a acciones violen-

tas destinadas a producir cambios drásticos de las estructuras social y económica, y posteriormente ese concepto ampliado sería clave a la hora de distinguir la «verdadera revolución» de un puro y simple golpe de Estado o toma del poder. Durante la primera mitad del siglo XX, Europa no fue únicamente escenario de dos grandes guerras mundiales, sino de varias grandes revoluciones, guerras civiles revolucionarias y otras guerras e insurrecciones internas<sup>[8]</sup>. En la segunda mitad del siglo XX los combates revolucionarios violentos se convirtieron en un fenómeno mundial, y con ellos las guerras de liberación nacional y secesionistas.

Desde Tucídides y Aristóteles, filósofos e historiadores llevan casi dos mil quinientos años debatiendo asuntos relativos a las guerras civiles<sup>[9]</sup>. En épocas mucho más recientes, el estallido de los conflictos revolucionarios modernos ha generado tentativas de comprensión e interpretación del problema revolucionario. En este sentido, el primer gran éxito se produjo a mediados del siglo XIX con la obra de Alexis de Tocqueville<sup>[10]</sup>.

Durante la época de la guerra fría, cuando los focos de conflicto se fueron desplazando paulatinamente al interior de los países que entonces se denominaban Tercer Mundo, el esfuerzo por comprender la guerra civil y la revolución se convirtió en un sector en auge. Se desarrollaron taxonomías<sup>[11]</sup> y se publicaron estudios de multitud de casos<sup>[12]</sup>, además de proponerse explicaciones e interpretaciones que iban desde argumentos de economistas a especulaciones relativas a la estructura social y las secuencias históricas, pasando por la formación de diversos modelos políticos<sup>[13]</sup>.

A finales del siglo XX, cuando la guerra fría llegó a su fin y el interés y los partidarios de la revolución menguaron en la mayoría de las regiones del mundo, los estudios sobre el tema entraron en declive. No obstante, como la guerra civil y la perturbación interna se convirtieron en el tipo de con-

flicto normativo en todo el mundo, los estudios sobre las «guerras internas» no tardaron en proliferar una vez más.

Dos razones explican que la expresión «guerra interna» se haya convertido en la preferida de algunos científicos sociales. La primera es evidente: es más flexible y puede referirse a fenómenos marginales cuya categoría o clasificación, de no haber sido por ella, podría ser objeto de debate. La segunda razón es que los regímenes establecidos, fuera cual fuera su naturaleza, cuando se enfrentaban a insurgencias que generaban guerras civiles, en ocasiones aducían que no eran tales guerras, sino más bien meras conspiraciones o rebeliones contra un orden legítimo. Era este un argumento que habían utilizado por primera vez en 1793 Robespierre y los jacobinos franceses, para quienes un gobierno que tenía una Constitución y un Parlamento, y que celebraba elecciones, fueran cuales fueran sus políticas, nunca podría enfrentarse a una verdadera guerra civil, ya que representaba legítimamente «al pueblo». A lo largo de los años hemos asistido a multitud de variaciones sobre este mismo tema, y mención especial merece la propiciada por los republicanos españoles entre 1936 y 1939.

Harry Eckstein ha agrupado todas las explicaciones de revolución y de guerra interna en cinco categorías, partiendo de los factores en los que insisten: 1) hipótesis que recalcan los factores «intelectuales»; 2) factores económicos; 3) aspectos relativos a la estructura social; 4) factores políticos; y 5) rasgos generales del proceso social<sup>[14]</sup>. En términos más generales y sencillos, podrían dividirse en hipótesis y teorías que insisten en los factores económicos y estructurales, lo cual implica un cierto determinismo, y aquellas que hacen hincapié en factores relativos al comportamiento. En la Europa de comienzos del siglo XX el gran catalizador de la revolución fue la guerra, pero solo como precipitante, no como causa, porque la mayoría de los estados en situación bélica no sufrieron revoluciones.



La clásica teoría conductista sobre los orígenes de la revolución la formuló Alexis de Tocqueville en 1856 al observar que «era precisamente en esas partes de Francia en las que se habían registrado más mejoras donde el descontento popular era mayor. Puede que esto parezca ilógico, pero la historia está llena de paradojas...». Tocqueville explica que el deterioro de las condiciones no siempre provoca la revolución, sino que más bien las quejas suelen incrementarse una vez que las condiciones han comenzado a mejorar. «El régimen destruido por una revolución es casi siempre mejor que el inmediatamente anterior y la experiencia nos enseña que el momento más peligroso para un mal gobierno suele ser aquel en el que comienza a reformarse<sup>[15]</sup>».

El régimen absolutista de Luis XIV provocó mucho menos resentimiento que el reinado moderado, semiliberal de Luis XVI. Dicho de otro modo, es más posible que se registre una revolución una vez que las cosas han comenzado a mejorar que cuando están empeorando. Fundamentales son las revoluciones de las expectativas crecientes y de la acentuación de la conciencia, más importantes que las propias condiciones objetivas. Cuando esas actitudes han calado, una nueva crisis o un retroceso, no necesariamente profundo, puede desatar la revolución.

James C. Davies ha profundizado en este asunto: «Cuando más posibilidades hay de que se produzca una revolución es en el momento en que, después de un prolongado periodo de desarrollo económico y social, se llega a otro caracterizado por un acusado revés... El desarrollo económico real es menos relevante que la expectativa de que el progreso anterior, ahora bloqueado, pueda y deba continuar en el futuro<sup>[16]</sup>». Theodore S. Hamerow está de acuerdo: «La privación económica no es más clave para la caída de una autoridad establecida que la represión política... Lo que hace intolerable la situación económica no es el deterioro de las condiciones, sino el incremento de las

expectativas». Hamerow señala además que «León Trotski, la mente política más perspicaz alumbrada por los movimientos revolucionarios del siglo XX, reconocía abiertamente la primacía de la percepción sobre la realidad en el declive de la autoridad establecida... En consecuencia, una revolución de las expectativas allana el camino para una revolución de los hechos<sup>[17]</sup>».

La conclusión de Harry Eckstein es que «a pesar del peligro de que el enfoque conductista pueda conducir a una ingenua teoría de la conspiración..., los argumentos en contra de un énfasis fundamental en las teorías estructurales son muy sólidos... En general, se ha demostrado que las teorías puramente estructurales, allá donde se han aplicado, son difíciles de sostener...». Para Eckstein, la razón de más peso en favor de las teorías conductistas radica en la «multitud de diversas condiciones sociales objetivas que parecen capaces de generar» revoluciones y guerras civiles<sup>[18]</sup>.

Karl Marx reflexionó también sobre la influencia de los factores ligados al comportamiento al apuntar que, dado que el efecto psicológico es más relativo que absoluto, incluso un incremento del salario puede estimular la radicalización de los trabajadores si otros sectores ganan todavía más<sup>[19]</sup>. Una opresión muy severa y el hambre extrema suelen atomizar las sociedades, mientras que la mejora de las condiciones y una mayor educación estimulan las reacciones políticas, llevándolas en ocasiones a la confrontación abierta.

Las revoluciones modernas no tienen lugar en sociedades tradicionales, solo en sistemas que han experimentado cierto grado de modernización. Este factor constituye una condición ineludible para la existencia de una revolución de las expectativas preliminar, aunque en las situaciones revolucionarias o prerrevolucionarias casi siempre ha cundido la sensación de que el grado de modernización imperante no

era el adecuado. En la situación suele incidir igualmente, o bien una sensación de retraso en comparación con otros, o bien la de estar en «desventaja dentro de los escenarios internacionales<sup>[20]</sup>», aunque esta puede manifestarse simplemente en forma de derrota militar.

Casi todas las interpretaciones de la revolución coinciden en señalar ciertos requisitos previos comunes, como la pérdida del apoyo de las élites, la presencia de una intelectualidad levantisca, la aparición de expectativas radicales — con frecuencia milenaristas—, y la existencia de un antiguo régimen débil y dividido que ha perdido su empuje. Es importante que haya grupos revolucionarios muy bien organizados, pero no indispensable. Según la expresión acuñada por Jonathan Israel, el factor realmente crucial es la presencia de «una revolución mental<sup>[21]</sup>».

Las revoluciones solo tienen lugar cuando el antiguo régimen se ha vuelto relativamente débil. En consecuencia, a menudo sucede que la revolución que logra derribarlo inicialmente resulta comparativamente fácil y con frecuencia no va acompañada de grandes desórdenes o derramamiento de sangre. A veces tampoco es fruto de grandes esfuerzos por parte de los revolucionarios, pero la caída del antiguo régimen solo es el comienzo del proceso revolucionario, que suele conducir a una mayor radicalización y a crecientes derramamientos de sangre, que a menudo forman parte de guerras civiles y, en ocasiones, también de grandes conflagraciones internacionales. Es frecuente que la revolución no solo suscite oposición, sino, en algunos casos, la aparición de un movimiento contrarrevolucionario opuesto que puede ser casi tan radical como el revolucionario, aunque de programa muy diferente. De este modo, como ocurrió en la España de la década de 1930, la lucha puede conducir a una pugna feroz entre radicalismos.

Europa ya había pasado por dos periodos de prolongada guerra internacional, acompañada de violentos conflic-

tos internos, durante la primera mitad del siglo XVII, en la época de la guerra de los Treinta Años<sup>[22]</sup>, y posteriormente durante el cuarto de siglo que asistió a las guerras revolucionarias francesas. Durante el primer periodo, los enconados conflictos religiosos presentaron ciertas trazas de guerra civil ideológica, pero, con la excepción de Inglaterra y Holanda, en líneas generales el orden tradicional se mantuvo<sup>[23]</sup>. La era de la Revolución francesa y de Napoleón proporcionó al talante revolucionario contemporáneo un carácter internacional que, sin embargo, se vio restringido en gran medida a los ámbitos político y cultural, y que, al menos durante unos años, terminó con una generalizada contrarrevolución. Por el contrario, el conflicto del siglo XX llevó la magnitud de la guerra a extremos nunca vistos y produjo una quiebra del orden político y una constante confrontación revolucionaria igualmente inéditas.

La época de las revoluciones del siglo XX se inició entre 1905 y 1911, cuando tuvo lugar la primera Revolución rusa de 1905, la semirrevolución iraní de 1906-1911, la gran revolución campesina rumana de 1907, la exitosa revolución de los Jóvenes Turcos de 1908, el golpe militar griego de 1909, defensor de un régimen más liberal, y el inicio de las revoluciones mexicana y china entre 1910 y 1911, junto a la triunfante revuelta republicana portuguesa de 1910. El hecho de que esos acontecimientos se concentraran en los mismos años no fue algo fortuito, sino que, de diferentes maneras, se derivó de los procesos de cambio y modernización registrados en sociedades subdesarrolladas, ubicadas, bien en la periferia de Europa, bien totalmente fuera del continente<sup>[24]</sup>.

De igual modo, las guerras civiles, los movimientos de liberación nacional o los conducentes a la unificación de ciertas naciones que se habían registrado entre los casi cien años que mediaron entre 1775 y 1871 habían sido consecuencia de cambios ocurridos en sociedades más desarro-

lladas. En su mayoría, esos nuevos casos fueron acompañados de graves estallidos de violencia política, los peores en tiempo de paz desde la Comuna de París de 1871, entre ellos episodios incipientes de genocidio registrados entre 1894 y 1909, en los que más de 200 000 armenios fueron masacrados durante el primer gran estallido de violencia yihadista del siglo XX. Por otra parte, entre 1904 y 1907 se asistió en Rusia, por primera vez en el siglo, a una serie de acciones terroristas de motivación política, realizadas de manera sistemática y a gran escala. El régimen de los Jóvenes Turcos no tardó en convertirse en uno de los más siniestros de todo el siglo XX, con un sistema de partido único en parte precedente del bolchevismo y el fascismo, y con unos escuadrones de *Teshkilat* hasta cierto punto precursores de las checas y las SS.

La revolución no suele ser un acontecimiento, sino un proceso<sup>[25]</sup>. Los desarrollos del periodo 1905-1911 no fueron decisivos en ninguno de los casos mencionados, sino que se limitaron a marcar el inicio de un proceso que, o bien comenzó a erosionar el antiguo régimen, o bien logró inicialmente derribarlo. En algunos casos, harían falta décadas para que se llegara al fin de una evolución que en general solía acabar conduciendo a la guerra civil o a otros graves conflictos internos. No fue así siempre, y en algunos casos la guerra civil se pospuso durante años o décadas. Las manifestaciones del enfrentamiento civil podían prolongarse durante muchos años.

En el siglo XX, las guerras civiles entre revolucionarios y contrarrevolucionarios se iniciaron en Finlandia y Rusia entre 1917 y 1918, y acabarían extendiéndose a gran parte del mundo, sin llegar a afectar a ningún país avanzado, con la excepción, hasta cierto punto, de Alemania. Entre las diversas pautas de conflicto revolucionario que surgieron está la de los pueblos del Báltico oriental, donde el objetivo preponderante era la liberación nacional, ya que los princi-

pales papeles militares los tenían las potencias extranjeras. Por otra parte, una pauta distinta surgió en sociedades de estados consolidados como Alemania e Italia. En Hungría, donde un régimen revolucionario asumió brevemente el poder, se dio una guerra civil de escasa magnitud, pero múltiples movimientos de liberación de sus diversas nacionalidades, acompañados por la intervención extranjera. En países tan distantes como Polonia y Portugal el conflicto político fue en ocasiones violento, pero no conllevó revoluciones sociales y nunca condujo a una guerra civil propiamente dicha (con la excepción de dos meses en Portugal), mientras que las intentonas de insurrección comunista de Bulgaria y Estonia (1924) no lograron reavivar el conflicto civil. La última guerra civil revolucionaria de la época tuvo lugar en España entre 1936 y 1939, aunque la percepción de la misma se vio enormemente influida por las intervenciones extranjeras registradas en el país, de manera que según algunos la guerra en España, más que constituir únicamente un puente entre dos épocas, forma parte de la Segunda Guerra Mundial.

Dentro del extraño mundo de la Unión Soviética, la violencia, que continuó siendo enorme, convivió con un cierto grado de insurgencia que no logró desatar guerras civiles, y no solo por la tendencia del Estado soviético a librar una especie de guerra contra sus propios ciudadanos, sino por la constante resistencia de ciertos sectores de las nacionalidades musulmanas que había en su seno. Fuera de Europa, la Revolución mexicana se prolongó durante años, con una limitada guerra civil reiniciada a finales de la década de 1920, cuando el nuevo régimen trató de reprimir el catolicismo. El proceso más caótico fue el de China, que durante varios años corrió el riesgo de desintegrarse por completo. Al final, la guerra civil entre el nuevo régimen revolucionario nacionalista (el Kuomintang) y el movimiento comunista, que, iniciada en 1927, siguió durante dos décadas un tortuoso camino que pasó por varias fases, fue un conflicto en

el que los primeros revolucionarios acabarían encontrándose en el papel de contrarrevolucionarios.

Durante la Segunda Guerra Mundial, en la Yugoslavia ocupada, y después también en Grecia, se desarrolló una especie de guerra civil revolucionaria multipolar. Entre 1943 y 1945, en la Italia septentrional ocupada se asistió a una limitada forma de guerra civil, mientras que en las fronteras occidentales de la Unión Soviética se registraron manifestaciones de conflicto interno y la violencia no cesó durante toda la década de 1940.

A lo largo de las siguientes generaciones, durante la guerra fría, estallaron insurrecciones revolucionarias en muchas partes del entonces denominado Tercer Mundo, en lugares como Vietnam, Filipinas, Malasia, Cuba, Yemen, Nicaragua, Angola y Mozambique, por citar solo algunos ejemplos. En la mayoría de esos países se crearon condiciones que favorecieron la guerra interna o las insurgencias, y en algunos casos tuvieron lugar guerras civiles de consideración. Organizaciones terroristas de carácter revolucionario causaron graves conflictos en Turquía, varios países latinoamericanos y en realidad en una parte considerable del mundo, España incluida, aunque sin llegar a generar condiciones próximas a las de una guerra civil, salvo en varios países de América Latina. Cuando esos casos se combinaron con reivindicaciones de carácter nacionalista, los conflictos se agravaron todavía más.

Las guerras civiles revolucionarias del siglo XX solían enfrentar a colectivistas revolucionarios (generalmente comunistas, aunque no siempre) con diversos tipos de fuerzas más conservadoras, o por lo menos anticomunistas y contrarrevolucionarias, que iban desde grupos liberal-demócratas a fascistas. En varios casos importantes, como los de Rusia y China, los revolucionarios ganaron, aunque los contrarrevolucionarios se impusieron normalmente en Europa (Finlandia, el Báltico, Hungría, España, Grecia) y poste-